

CRISTÓBAL DE MONROY Y SILVA, ADMIRADOR E IMITADOR DE DON LUIS DE GÓNGORA

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Conforme avanzamos y profundizamos en el estudio de la literatura española, nos damos cuenta de la presencia casi constante en ella de don Luis de Góngora, hasta tal punto que puede afirmarse que su figura ha sido en nuestra cultura uno de los referentes más continuados, admirado una veces, denostado otras. Y es posible que las etapas de esplendor de nuestra lírica coincidan en líneas generales con el aprecio positivo que se manifieste por el poeta cordobés, y es posible también que las etapas de decadencia lírica sean aquellas en las que don Luis ha estado más olvidado¹.

¹ Incluso en la segunda mitad del siglo XIX, uno de los momentos de olvido e incluso desprecio de la obra mayor de Góngora, a lo que no es ajeno la negativa apreciación de Menéndez Pelayo, (cfr. nuestro estudio "Hacia un nuevo enfoque de las *Soledades* de Góngora: Los modelos narrativos", *Revista de Literatura*, tomo LII, nº103, 1990, pp. 67-100), se estudia y edita la obra literaria de nuestro poeta. Al respecto cfr. Enrique Linares García, *Cartas y poesías inéditas de don Luis de Góngora y Argote*. Granada, Tip. Hospital de Santa Ana, 1892; en el prólogo Linares quiere "exponer mi humilde parecer sobre la opinión corriente entre críticos y literatos de que el ilustre vate cordobés fue el introductor del mal gusto en nuestra poesía", p. XVIII. Este crítico pretendía hacer unas obras completas, pero no le ha acompañado el poder monetario, y a respecto escribe: "cualquier sacrificio que nos impongamos para dar gusto a estas aficiones, es confusión de nuestra hacienda, confusión que aquí no se recompensa, donde tan poco se estudia y se lee", p. XIX. Concluye afirmando que "Góngora fue el mayoral y cabecera de los cultivadores del mal gusto, el mantenedor de escuela tan funesta, pero no el introductor [...], no fue culterano por maleamiento de ingenio, sino por conveniencia, por procurarse medro y granjería", p. XXIII; apunta además un paralelismo con el Greco, en ese momento también desvalorizado: "por sus excelencias y extravíos, es a nuestros ojos el Greco de la poesía castellana". En realidad, todos los autores cordobeses tienen un recuerdo positivo para Góngora, como ocurre con Juan Valera, que lo menciona entre los grandes escritores cordobeses en el prólogo de *Amador de los Ríos, Poesías*, Madrid, Imprenta Eduardo Martínez, 1880, p. IX. El mismo Amador de los Ríos le dedica una estrofa en su poema "Al Excmo. Señor D. Jacinto María de Parga", fechado en 1848; entre los poetas del Siglo de Oro cita a Garcilaso, Herrero, Rodrigo Caro, Rioja, Céspedes, Cetina y otros; entre ellos se encuentra también Góngora:

Contemplo allá las rosas, que tempranas
en la lira de Góngora brotaron
y miro claudicar sus doctas canas.

Ibid., p. 215. En otros ámbitos, no andaluces, surge ocasionalmente alguna referencia positiva al poeta cordobés, como ocurre en *La Regenta*, donde se recuerdan unos versos del "Romance de Angélica y Medoro", apreciados por don Víctor Quintanar, cfr. Leopoldo Alas, "Clarín", *La Regenta*, ed. Gonzalo Sobejano, Madrid, Castalia, 1981, II, p. 136; como se observa en nota, hay una pequeña variante textual, lo que puede resultar indicativo de que Clarín no consulta el texto impreso sino que quizás lo sabe de memoria.

Su figura se nos agiganta con el paso del tiempo, aunque ya fue tenida como una de las grandes en el aprecio de muchos de sus contemporáneos. Al respecto, queremos recordar en esta ocasión la aportación lírica de un dramaturgo y poeta sevillano, seguidor de Góngora en sus composiciones líricas y buen admirador del mismo, como pone de manifiesto en una de sus comedias. Se trata de don Cristóbal de Monroy y Silva, al que debemos considerar a partir de ahora dentro de la órbita de influencia de la poesía gongorina.

Al final de la segunda de sus *Epístolas satisfactorias*, editadas en 1635, el gongorista don Martín de Angulo y Pulgar, natural de la ciudad de Loja, como indica la portada de su librito, incluye una amplia lista de personajes nobles y de escritores defensores de la nueva poesía o aficionados a la misma, localizados en diversos núcleos urbanos, como Madrid, Córdoba, Valladolid, Antequera, Sevilla, Salamanca, Toledo, Andújar, Baeza, Osuna y Granada. En Sevilla menciona sólo a don Juan de Vera (que es el padre de don Fernando de Vera y Mendoza, religioso agustino, joven autor del *Panegírico por la poesía*, impreso en Montilla, en 1627), y a don Juan de Arguijo, escritor éste último mucho más conocido e importante. Pero añade Angulo y Pulgar una salvedad: “sin otros muchos que habrá en estos y otros lugares, de quien yo tendré noticia; pero los referidos no son poetillas, ni estudiantillos, como más bien le consta a Vm.”². Entre estos últimos, eliminando el posible matiz despectivo, quizás haya que situar por esos años a Cristóbal de Monroy, que para el momento que en aparecían las *Epístolas satisfactorias* había publicado al menos un pequeño tomo de composiciones claramente gongorinas, volumen que había visto la luz en Sevilla dos años antes, en 1633.

La referencia a los seguidores sevillanos de Góngora se podía encontrar previamente a estas epístolas del humanista de Loja, (que como dice Dámaso Alonso vive lejos de los principales núcleos culturales y que, por lo tanto, no tiene muchas noticias recientes)³, en el importante texto de la controversia gongorina sobre las *Soledades* titulado *Examen del Antídoto o Apología por las “Soledades” de don Luis de Góngora*, obra de don Francisco de Córdoba, Abad de Rute, compuesto hacia 1616 o 1617⁴, con una indicación algo más explícita: “En Sevilla, don Juan Antonio de Vera y Zúñiga y don Juan de Arguijo”⁵. En otra lista de comentaristas y seguidores de Góngora se menciona entre los sevillanos a “Don Bernardo [sic] de Vera en su *Panegírico por la poesía*”⁶, autor que bien pudiera ser Fernando de

² Martín de Angulo y Pulgar, *Epístolas satisfactorias*, en *La batalla en torno a Góngora*, ed. Ana Martínez Arancón, Barcelona, Antoni Bosch, 1978, pp. 221-222.

³ Cfr. Dámaso Alonso, “Crédito atribuible al gongorista Don Martín de Angulo y Pulgar”, *Obras completas*, Madrid, Gredos, 1978, tomo V, p. 615 y ss.

⁴ Cfr., Emilio Orozco, “El abad de Rute y el gongorismo” (Breve anotación a sus escritos sobre las *Soledades*), en *En torno a las “Soledades” de Góngora (Ensayos, estudios y edición de textos críticos de la época referentes al poema)*, Granada, Universidad, 1969, p. 57, nota, y Joaquín Roses Lozano, *Una obra poética de la oscuridad. La recepción crítica de las “Soledades” en el siglo XVIII*, London, Tamesis Book, 1994, p.31.

⁵ Francisco de Córdoba, Abad de Rute, *Examen del Antídoto o Apología por las Soledades de don Luis de Góngora contra el autor del Antídoto*, en Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, 1925, p. 419.

⁶ “Autores ilustres y célebres que han comentado, apoyado, loado y citado las Poesías de don Luis de

Vera, transcrito erróneamente, en tanto que en la última relación de este tipo que conocemos, ya en la segunda mitad del siglo XVII, obra de Enrique Vaca de Alfaro, vuelve a incluirse el mismo dato: “D. Bernardo de Vera, en el *Panegírico de la Poesía*, período 13, impreso en 8º año 1627”⁷.

En el raro impreso de Montilla se incluye una amplia lista de poetas de la época, entre los que está Góngora, del que se dice que nació “en la calle Marcial [en sentido figurado], y sin ninguna duda, con mayor sal y no menores nervios en las veras que agudeza en las burlas”⁸, aunque las referencias a los poetas restantes (los Argensola, Quevedo, Lope, Guillén de Castro, Espinel, etc.) son también muy elogiosas. No se diferencia a los seguidores de Góngora de los que no lo son, y tampoco está incluido en la enumeración Cristóbal de Monroy, que para entonces tendría unos 15 años; sí se incluye un autor que lleva el mismo apellido, del que dice Fernando de Vera: “puedo encarecer los versos científicos y dulces de D. Antonio de Monroy y Zúñiga, Señor de Monroy”⁹, que también figura en el *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega¹⁰. De su propio padre don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, considerado como seguidor

Góngora”, ms. 3893 de la BNM, citado por Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, op. cit., p. 239. Artigas atribuye este texto a Vázquez Siruela.

⁷ Cfr. José Luis Escudero López, *Córdoba en la literatura. Estudio bio-bibliográfico (Siglos XV al XVII). El Ms. de E. Vaca de Alfaro*, Córdoba, Publicaciones de la Universidad, 1988, p. 442. En la nota 95, Escudero escribe: “Por error, aparece Bernardo de Vera, cuando en realidad se trata de Hernando: *Panegírico por la Poesía*, Montilla, Manuel de Payva, 1627, 8º, 59 fols. + 5 hs”. No se ha determinado con exactitud la fecha del ms. Vaca de Alfaro, pero sin duda será posterior a sus primeras obras poéticas que van de 1661 a 1666, *ibid.*, p. XXXII.

⁸ [Fernando de Vera y Mendoza], *Panegírico por la poesía*, ed. e introd. Manuel Cardenal de Iracheta, en *Revista de bibliografía nacional*, II, 1941, p. 334, grafía actualizada en todas las citas de este texto.

⁹ *Ibid.*, p. 335.

¹⁰ “ya la real Plasencia
de Don Antonio de Monroy blasona,
de cuyo ingenio y conocida ciencia
sus timbres arma y su blasón corona”

Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, en *Colección de las obras sueltas así en prosa como en verso*, Madrid, Antonio de Sancha, 1776, tomo I, pp. 58-59; grafía actualizada [utilizamos la edición facsimil de Madrid, Arco Libros, 1989]. No parece que tuviera relación con Cristóbal de Monroy, aunque tenemos pocos datos sobre el personaje: “Natural de Plasencia, citado en el *Viaje del Parnaso*. Escribió un soneto laudatorio a las obras de Carrillo”, Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, en *Poesía épica*, ed. Luis Guarner, Madrid, Bergua, 1935, p.380.

Con relación a Juan de Vera, también incluido en el catálogo poético de Lope, se pueden localizar algunas referencias más: “Don Juan de Vera y Figuero, conde de la Roca, escribió *El Fernando o Sevilla restaurada*, poema heroico, escrito con los versos de la *Jerusalem liberata*, del insigne Torcuato Tasso. Milán, Enrique Steffano, 1652, 4º”, *ibid.*, p.395.

He aquí los versos que Lope le dedica:

“Mas ya Mérida antigua siempre ilustre
las dulces Hipocrénides provoca,
para que eternamente las ilustre
el Conde de la Roca;
roca en el mar fundada
del viento y de las olas respetada,
sí a la envidia permite competencia
su nobleza, virtud, ingenio y ciencia,
porque cualquiera rasgo de su pluma
será rayo mortal que la consuma.
Y siempre el nombre de don Juan de Vera,
Inmortal del Parnaso primavera,
pensil, Tempe, Pangeo

o admirador de Góngora en diversos lugares, como hemos visto, el autor del *Panegírico* señala que “bien conocidos son sus libros y sus versos”¹¹.

En fin, también nuestro don Cristóbal a partir de hoy, como decíamos antes, debe incluirse como uno más de los seguidores gongorinos, hecho no muy frecuente en el panorama del culteranismo, puesto que los poetas sevillanos, salvo algunos casos infrecuentes¹², no suelen seguir a Góngora, e incluso actúan más bien como detractores de su poesía, tal como puede verse en Juan de Jáuregui y su conocido texto *Antídoto contra la poesía pestilente de las Soledades*.

De Cristóbal de Monroy tuvimos ocasión de ocuparnos en las Jornadas de Fuente Obejuna, de esta misma Academia, y al respecto señalábamos que los datos bio-bibliográficos del escritor nos ofrecen el perfil de un dramaturgo de corta vida, y, por ende, de no muy abundante producción teatral y lírica. Un bibliógrafo de la época clásica nos suministra datos escuetos y la lista de algunas obras. Según Nicolás Ambrosio de la Cuesta Saavedra, en unas *Adiciones* manuscritas a la *Biblioteca* de Nicolás Antonio, Cristóbal de Monroy era “natural de Alcalá de Guadaíra, en el arzobispado de Sevilla: murió el 6 de julio de 1649, a los 37 años de su edad. Fue de elegante ingenio y poeta celebrado. Dio al fuego los escritos que tenía, y reserváronse sólo los que andaban en manos de sus amigos. Aclamáronle los teatros por sus sutiles y elegantes comedias”¹³.

Entre sus obras se incluyen, de acuerdo con el mencionado bibliógrafo, las siguientes: *Epítome de la historia de Troya*, Sevilla, 1641; *Recibimiento que la villa de Arahal hizo al Duque de Medina Sidonia*, Sevilla, s.a.; *Descripción de la breña de San Pablo en metáfora del Gigante Polifemo, referida por las Nueve Musas y Apolo*, Écija, 1643; *Canción real de la vida de San Pablo, primer ermitaño, descripción y pintura de las asperezas de la Tebaida y austeridad de su penitencia. Con otra pintura de una cueva madre de un arroyo, que el vulgo llama nacimiento del agua, y cercano a Guadaíra aumenta su corriente*; Sevilla, 1633, y *Selvas de Guadaíra*, en prosa y versos, Sevilla, s.a.

y florífero Hibleo,
o cante historias o lamente amores,
será su Vera anticipada en flores”

Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, en *Colección de las obras sueltas*, op. cit., pp. 50-51. Al parecer era oriundo de Mérida y aparece situado entre los escritores nacidos en esta ciudad extremeña en Antonio R. Rodríguez Moñino, *Los poetas extremeños del siglo XVI. Estudios bibliográficos*, Badajoz, Diputación Provincial, 1935, p. 97 [ed. facsímil de 1980].

¹¹ [Fernando de Vera y Mendoza], *Panegírico por la poesía*, op. cit., p. 335. Según indica Cardenal de Iracheta era Conde de la Roca.

¹² Ibid. p. 292; Cardenal de Iracheta incluye un elogio de Góngora, procedente de Andrés de Claramonte, escritor de origen murciano, pero muy relacionado con Sevilla, en el que dice de nuestro poeta que es “espejo de la verdadera poesía española, elegantísimo y sabio en las veras y discretísimo en las burlas”. El poema de Claramonte se titula *Letanía moral*, Sevilla, 1613; *ibid.*, p. 273, nota.

¹³ Cfr. Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, Gredos, 1968 (ed. facsímil), tomo III, col. 838 (Gallardo copia de las Adiciones de Nicolás Ambrosio de la Cuesta Saavedra a la Biblioteca de Nicolás Antonio). Otras noticias sobre el mismo autor en Mario Méndez Bejarano, *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, [Sevilla, 1922], Sevilla, Padilla Libros, 1989, tomo II, pp. 111-112.

Menciona además Nicolás Ambrosio de la Cuesta los títulos de unas 25 comedias (que más tarde don Francisco López Estrada eleva a 37, los mismos años que alcanzó su vida); entre ellas están *Los celos de San José*, *Fuenteovejuna*, *Héctor y Aquiles*, *El Caballero Dama*, *La destrucción de Troya*, *Acteón y Diana*, *Las mocedades del Duque de Osuna*, etc.

Muy pocas de estas obras son medianamente accesibles al interesado y algunas están completamente ilocalizadas. La única editada modernamente ha sido *Fuente Ovejuna*, en una edición conjunta con la comedia homónima de Lope de Vega¹⁴. De las obras mencionadas en primer término sólo hemos conseguido ver, por el momento, la edición de Sevilla de 1633, en tanto que las ediciones de Écija y las prosas y versos también editadas en Sevilla, pudieran ser obras de influencia gongorina, de acuerdo con el título que se nos ha transmitido.

Junto a estos textos tales como la *Descripción de la breña de San Pablo en metáfora del Gigante Polifemo*, en la *Canción real de la vida de San Pablo* y en la *Pintura de una cueva*, sobre las que volveremos luego, hay algunos ecos gongorinos en diversos lugares de sus comedias, en una de las cuales el autor se refiere muy elogiosamente a Góngora.

Pero examinemos con algún detenimiento el fragmento de la comedia a que nos referimos, porque hay aquí otros elementos que pueden resultar curiosos.

En *La alameda de Sevilla y recato en el amor*, comedia famosa de don Cristóbal de Monroy, tal como indica el título, que se imprimió en Sevilla, por Francisco de Leedfdael, en la casa del Correo Viejo, en fecha indeterminada, hay una escena dedicada en su integridad a nuestro poeta.

Se trata de una comedia de enredo y amor; en su jornada tercera, aparecen dos mujeres que entretienen su tiempo en el juego de damas, mientras esperan al galán de turno. Una de ellas, la criada Inés, le dice a su señora, Leonor:

*¿quién canta, señora,
mientras jugamos?*

A lo que Leonor responde:

*Oye
de Angélica y Medoro
los sangrientos amores.
Cuya letra compuso
aquel cordobés noble,
amparo de las musas
y milagro del orbe.*

A continuación cantan ambas estos versos:

¹⁴ Lope de Vega, Cristóbal de Monroy, *Fuente Ovejuna (Dos comedias)*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Castalia, 1973, 2ª ed.

*Las heridas de Medoro
 Angélica mira atentas
 y tantas lágrimas llora
 cuanta sangre vierten ellas.*

Inés comenta:

*Ventura en la desdicha
 halló el gallardo joven,
 lastimosas finezas,
 dolorosos favores.*

Y Leonor añade:

*En males libró glorias
 de su Angélica entonces.
 Vuelven a cantar ambas:
 La hermosa mano que aplica
 a su remedio pudiera
 a la muerte dar la vida
 y dejar la vida muerta.*

La canción se interrumpe porque dentro se queja don Juan, y las dos abandonan el juego. Se cae el tablero con estruendo y las damas se levantan. Hasta aquí la escena.

Junto al elogio a don Luis interesa destacar al menos dos aspectos: el hecho de cantar en una obra de teatro un romance aparentemente gongorino, o al menos atribuido por el autor al poeta cordobés, como si fuese una canción tradicional, recurso tan habitual en el teatro de Lope, y la inclusión de unos versos del poema. Lo primero nos da idea de la probable difusión oral de algunos textos de tendencia culta, lo segundo plantea la atribución de estos versos a Góngora, cosa que no se ha realizado en ninguna ocasión que sepamos. No se trata de versos del conocido "Romance de Angélica y Medoro", cuyo comienzo "En un pastoral albergue" dio título y tema a una comedia que ya tuvimos ocasión de analizar en otra ocasión, en esta misma celebración gongorina¹⁵, sino de un poema muy poco divulgado, loca-

¹⁵ Antonio Cruz Casado, "Un pastoral albergue: una comedia atribuida a Lope e influida por Góngora", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXVI, nº129, julio-diciembre, 1995, pp. 137-147. El romance gongorino tuvo incluso una continuación explícita: "Romance que sigue al de don Luis de Góngora de Angélica", Francisco López de Zárate, *Obras varias*, ed. José Simón Díaz, Madrid, CSIC, 1947, tomo I, pp. 340-343. Parece ser que los romances figuran entre las composiciones más apreciadas por el público lector de casi todas las épocas, incluso en los momentos en los que Góngora está más olvidado. De esta forma constatamos su presencia en diversas antologías decimonónicas, como la siguiente: *Miscelánea de autores españoles. Colección de poesías, cuentos y epigramas*, Madrid, Biblioteca Universal, 1887, incluida en la "Colección de los mejores autores antiguos y modernos nacionales y extranjeros", tomo CXVII. En el libro parecen dominar los poemas de Quevedo (al menos en extensión), con seis composiciones, en tanto que Góngora está representado con cinco textos. En realidad las

lizado sin atribución a ningún autor en un manuscrito de la Biblioteca Casanatense, que es en realidad un cancionero español a tres voces de varios poetas¹⁶. El texto que transcribe Monroy mejora la versión, bastante defectuosa, del manuscrito citado.

No tenemos por el momento otro argumento de atribución de tales versos a Góngora que la referencia del dramaturgo, que bien pudiera ser errónea porque la calidad de la composición no es muy alta, pero el dato se incluye en la línea de atribución a nuestro poeta de otros romances del mismo tema, como el que empieza "En un gallardo andaluz, /adulador de su sombra". Este último se incluye como perteneciente a Góngora en la edición que preparó Enrique Linares García de las cartas y poesías inéditas de don Luis¹⁷, tomando como base un manuscrito del Duque de Gor, que había sido recopilado por el ya mencionado don Martín de Angulo y Pulgar.

Pero volvamos a Monroy y examinemos someramente algunos elementos de su poesía lírica, según los dos poemas que edita en 1633. El primero, escrito en silvas, como las *Soledades*, se titula *Canción real de la vida de San Pablo, primer ermitaño, descripción y pintura de la aspereza de la Tebaida y austeridad de su penitencia*. El segundo, escrito en octavas, como el *Polifemo*, lleva por título *Pintura de una cueva, madre de un arroyo, que el vulgo llama "Nacimiento del agua", y cercano a Guadaira aumenta su corriente*.

Son composiciones de muy escaso argumento, ampliamente descriptivas, como la poesía mayor gongorina, con rasgos de estilo acusadamente cultista.

La *Canción real* tiene como tema el ambiente natural en que se encuentra San Pablo, el Ermitaño, y su estructura métrica es la característica de una canción¹⁸. En este caso concreto encontramos ocho versos en la estrofa de introducción y

composiciones más numerosas son las de Lope de Vega, con siete poemas, la misma cantidad que Tirso de Molina, en tanto que Baltasar del Alcázar tiene cinco poemas incluidos en la antología, y colocado por lo tanto al mismo nivel que Góngora en cuanto a cantidad se refiere. Claro que entre los romances gongorinos sólo hay dos auténticos, "Entre los sueltos caballos", p. 102 (cfr. Luis de Góngora, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé, Madrid, Aguilar, 1972, p. 70), y "Lloraba la niña", p. 160, (ed. Millé, p.107), en tanto que los tres restantes son atribuidos: "Por una negra señora", p. 18, (se atribuye a Góngora en Millé, p. 1270), "Recibí vuestro billete", p. 62 (mencionado entre las poesías atribuidas en Millé, p. 1271), y "Labrando estaba Artemisa", p. 145, (también atribuida en Millé, p. 1266).

¹⁶ Cfr. el texto en Maxime Chevalier, *Los temas ariostescos en el romancero y la poesía española del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1968, pp. 261-262.

¹⁷ Cfr. Enrique Linares García, *Cartas y poesías inéditas de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., p. 97 y ss.

¹⁸ Para su caracterización métrica, cfr. Antonio Quilis, *Métrica española*, Madrid, Alcalá, 1975, pp. 142-145. Otro poema de tema parecido es el de Adrián de Prado, "Canción real a San Jerónimo en Siria", en Elías L. Rivers, ed., *Poesía lírica del Siglo de Oro*, Madrid, Cátedra, 1995, 14ª ed., pp. 359-367. El origen literario de la vida eremítica se encuentra en las *Vitae Patrum*, del siglo V, y fue divulgado por diversos cauces, entre los que hay que mencionar la *Leyenda Aurea*, de Jacobo de Vorágine. El personaje aparece en el libro de Benedeit, *El viaje de San Brandán*, Madrid, Siruela, 1983, pp. 51-54. Con relación a este tema es clarificador el artículo "Ermitaño", en Elisabeth Frenzel, *Diccionario de motivos de la literatura universal*, Madrid, Gredos, 1980, p. 115 y ss.; también Beatriz Chenot, "Presencia de ermitaños en algunas novelas del Siglo de Oro", *Bulletin Hispanique*, 1980, LXXXII, pp. 59-80. La presencia de Pablo el Ermitaño está también en Gustavo Flaubert, *La tentación de San Antonio*, trad. Elena del Amo, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1975. Los ermitaños llegan también a informar algunos poemas del modernismo, como ocurre en "Ave Serafin", de Valle-Inclán, cfr. Ramón del Valle-Inclán, *Claves líricas*, ed. José Carlos Mainer, Barcelona, Circulo de Lectores, 1991, p. 63 y ss.

seis en la tornata o envío, además de ocho estancias intermedias, de quince versos cada una con endecasílabos y heptasílabos mezclados. Es un poema de una longitud media, de unos 134 versos, si es exacto nuestro cómputo.

El único crítico que se ha ocupado tangencialmente de este poema sitúa su fecha de composición hacia 1631-1632, cuando su autor era estudiante en Salamanca¹⁹.

Apenas existe acción en el poema, sino que Monroy se limita a una descripción muy plástica de los elementos que integran una escena eremítica, que bien pudiera estar inspirada en algún cuadro del Renacimiento o del Barroco, aunque por el momento no hemos podido determinar con exactitud esta probable fuente. En medio de una vegetación exuberante, con pájaros canoros y un arroyo que se precipita desde unas rocas, se nos presenta una naturaleza virginal sólo turbada por la presencia de determinados animales, como el león, el jabalí, el gamo o algún conejillo. En cierto lugar de la montaña hay una cueva lóbrega y oscura que sirve de refugio al penitente Pablo, descrito con un báculo en la mano, miembros decrepitos y una abundante barba blanca. Cerca de la cueva hay una palmera, de cuyo fruto se alimenta el ermitaño, y una fuente que le proporciona el agua. En el interior hay un crucifijo y un sangriento cilicio con el que se disciplina el religioso. A las doce de cada día un cuervo le trae en el pico un pan; el santo lo bendice y el ave se marcha graznando y extendiendo sus alas al viento.

Como ejemplo del estilo gongorino, recargado con numerosas metáforas, cultismos, hipérbatos y alusiones mitológicas, veamos la descripción del arroyo que se desliza por la montaña:

*Nace en la cumbre de un excelso risco,
pirámide inmortal de su horizonte,
desatado un cristal, que desbarata
su dilación, orlado de lentisco,
saltando por las rocas, baja al monte,
de nieve golfo, elevación de plata,
diáfano dilata
la líquida corriente,
que fue ramo de aljófara y es ya fuente,
vida de Flora, adulación del Noto,
[p. 4] risa del bosque, cítora del soto,
que aprisiona el imperio palpitante
a Amaltea flagrante,*

¹⁹ "La Canción real de la vida de San Pablo, como dijimos antes, posiblemente fue escrita entre 1631-1632, durante sus años de estudiante en la Universidad de Salamanca y, por consiguiente, una de las primeras obras literarias de su vida", apud. Manuel R. Ben Barroca, *Dos comedias inéditas de don Cristóbal de Monroy y Silva. No hay más saber que saber salvarse y No hay amor donde no hay celos*, Chapel Hill, Estudios de Hispanófila, 1976, p. 24. Ben Barroca, que parece ser el máximo conocedor de Monroy, sólo cita como ejemplo de obra en verso la canción real mencionada.

*y de un fresno a la rústica armonía,
música alterna su corriente fría.*

Los mismos elementos se documentan en cualquier otro fragmento, como ocurre en el interior de la cueva, donde está una efigie de Cristo crucificado:

*Tenebrosa mazamorra ocupa niebla,
que brújula de mimbre entretejida
niega el paso, de juncia, de romero,
lecho tosco, colgado de tiniebla,
le ministra, observando enriquecida
un divino cadáver, un cordero
pendiente de un madero,
espectáculo triste,
de pálido alabastro, de amatiste,
a trechos matizado, en su tormento,
muerta la vista, vivo el sentimiento,
y los cabello en coral cuajados,
yertos los pies helados,
roto el costado al fin, y en sus agravios
macilenta la grana de los labios.*

El segundo poema, escrito en octavas, como señalábamos, se titula en el folio 8 de forma algo distinta a la de la portada; aquí es *Descripción del nacimiento de la agua, cueva que junto a Guadaira hace ostentación de una fuente, que nace en sus cavernas*. Son doce estrofas que evocan en la mente del lector muchos rasgos estilísticos del Polifemo gongorino.

Los pájaros que celebran el nacimiento del agua con blando y dulce acento son cítaras de plumas, el viento forma nevadas olas de cristal en su superficie, el agradable lugar hace pensar en el joven Acteón convertido en ciervo y devorado por sus propios perros, la gruta puede ser refugio de otra ninfa Eco. He aquí un momento de especial animación, con aves peregrinas que beben las perlas de la corriente del Guadaira:

*Robusto al promontorio lisonjean
con dulces cantos aves peregrinas,
del arroyo los márgenes rodean
bañándose en sus perlas cristalinas;
ya se ausentan, ya vuelven, ya gorjean,
de canoro marfil tiernas bocinas,
y llegando gloriosas a beberlas
[p. 10] en música les pagan tantas perlas.*

Sin duda, estos que pudiéramos llamar ejercicios juveniles de estilo gongorino

no significan una aportación decisiva a la lírica de la época, pero ponen de manifiesto una vez más la importancia de Góngora como referente y modelo, al mismo tiempo que, en el caso de Monroy, nos permiten considerar la primera fase de un escritor de cuidada expresión que con el paso del tiempo, (muy corto para él, fallecido a los 37 años, como dijimos), se convertiría en un dramaturgo de cierta importancia en el que la huella de nuestro lírico asoma con frecuencia.

TEXTOS²⁰

Canción real de la vida de San Pablo, primer ermitaño, descripción y pintura de la aspereza de la Tebaida y austeridad de su penitencia. Con otra pintura de una cueva, madre de un arroyo, que el vulgo llama "Nacimiento del agua", y cercano a Guadaira aumenta su corriente. Dedicado a doña Juana María de la Concepción y Carmona. Compuesta por don Cristóbal de Monroy. Impreso en Sevilla por Simón Fajardo, año de 1633. [BNM R. 11.117].

[p.2] Planeta refulgente,
 oráculo de Delfos, padre ardiente
 del que vio en su despeño su osadía,
 luz más radiante conduciendo al día;
 ya la turquesca tumba se arrebola
 y el brillante acrisola
 su luz, cuando en balcones de escarlata
 sombras troncha, tellices desbarata.

Tocando el sol tu eclíptica micante,
 un monstruo de esmeralda, un verde bulto,
 baluarte de murta, es alcandora
 (que el susurro de abejas resonante
 crecido impele el resplandor adulto)
 a alado alarde, que los vientos dora;
 tórtola gemidora
 arrulla con su acento
 árboles brutos, a quien mece el viento
 en las grutas de una áspera pizarra,
 rumor penoso alterna la cigarra;
 su gusto resucita Filomena
 en una zarza amena,
 la délfica temiendo lozanía
 de la alba rosicler, pompa del día.

²⁰ Dado la rareza y el interés del texto para la poesía gongorina, incluimos los poemas a continuación.

Trasmonta el sol su trono, ya se oculta
 [p.3] en diamantinas bóvedas de nieve,
 arduos crecen orientes y el ocaso
 en confusos candores los sepulta;
 ya al esplendor la oscuridad se atreve,
 restauración que luce en azul raso;
 la noche paso a paso
 en pálidos temblores
 sale esculpiendo, niéganse clamores;
 terrestre el luna a la montaña helada
 de un arroyo la escarcha acelerada,
 corvo eslabón su pastoril frescura
 tan denso horror murmura
 y con la dulce majestad que ostenta
 lo bronco de sus márgenes alienta.

Nace en la cumbre de un excelso risco,
 pirámide inmortal de su horizonte,
 desatado un cristal, que desbarata
 su dilación, orlado de lentisco,
 saltando por las rocas, baja al monte,
 de nieve golfo, elevación de plata,
 diáfano dilata
 la líquida corriente,
 que fue ramo de aljófár y es ya fuente,
 vida de Flora, adulación del Noto,
 [p.4] risa del bosque, cítora del soto,
 que aprisiona el imperio palpitante
 a Amaltea flagrante,
 y de un fresno a la rústica armonía,
 música alterna su corriente fría.

Cuando iluminación flamante baña
 la más excelsa cumbre, el guedejudo
 rey de los brutos brama, viendo solo
 de cebo al voraz diente, la montaña,
 Bucéfalo del Ábrego estornudo,
 con riza clin, con encrespada cola,
 lánguida mahapola
 barre con lozanía
 sacude el nácar, que al nacer del día
 lloviznaron los párpados del alba
 al unicornio el campo hace salva,
 articulando el jabalí rugiente

voz de rabia abstinente;
y afeitando pimpollos al tomillo,
vuela el gamo, retoza el conejillo.

En esta, pues, montaña desvalida,
de sátiros y faunos habitada,
yace una cueva lóbrega y oscura,
donde le divo Colón de austera vida
[p.5] el penitente Pablo, la pasada
de vivo objeto muerta sepultura,
de juventud locura
castiga valeroso;
un retorcido báculo nudoso
temblando la siniestra mano oprime,
do los miembros decrepitos arrime,
y toca la cintura barba anciana,
golfo de espuma cana,
maltratando su rostro venerable
las diligencias de la edad mudable

Pregonera una palma de la cueva,
frondoso promontorio de esmeraldas,
grillo de aljófara es nativa fuente
y ufana porque el Céfito la mueva,
triunfantes ya le coronó guirnaldas;
motivo de su orgullo transparente,
al son de su corriente
rabel suena plumoso,
si ministril alado, sonoro;
toga le dan sus ramas y sustento
su parda fruta, débil alimento,
agua la fuente y música, pues cuando
la sierra va trepando
[p.6] movidas de sus olas son amenas,
tenores guijas, triples las arenas.

Tenebrosa mazmorra ocupa niebla,
que brújula de mimbre entretejida
niega el paso, de juncia, de romero,
lecho tosco, colgado de tiniebla,
le ministra, observando enriquecida
un divino cadáver, un cordero
pendiente de un madero,
espectáculo triste,

de pálido alabastro, de amatiste,
 a trechos matizado, en su tormento,
 muerta la vista, vivo el sentimiento,
 y los cabellos en coral cuajados,
 yertos los pies helados,
 roto el costado al fin, y en sus agravios
 macilenta la grana de los labios.

Venera el lastimoso simulacro
 la anciana potestad, de hierro duro,
 contra sí armado Pablo, disciplina
 las rocas, urnas ya del humor sacro,
 un sangriento silicio [sic], fuerte muro,
 rodea la custodia peregrina
 de elevación divina,
 [p. 7] y el ejercicio acerbo,
 dando las doce en el umbral un cuervo
 impide, dispensero cuidadoso,
 el pan le da, que el néctar más sabroso
 el santo le bendice, y él en suma
 rayo de oscura pluma
 graznando el vagoroso imperio oprime
 y negras alas por el viento esgrime.

Canción basta, la mano niegue humano
 pincel, que a tal deidad será profano;
 teme, si intentas escalar más riscos,
 no te ofrezca en soberbios obeliscos,
 como osado a Faetonte,
 espeño el yermo, precipicio el monte.

Fin.

[f. 8] *Descripción del nacimiento de la agua, cueva que junto a Guadaira hace ostentación de una fuente, que nace en sus cavernas.*

OCTAVAS

Yace de blanca candidante suma
 el sacro Guadaira, donde el viento
 venerando los cisnes de su espuma
 fragante afecta adulador aliento,
 a quien volantes cítoras de pluma,

con voz celebran blanda y dulce acento,
 prodigios sí del celador de Juno,
 majestad a la gloria de Neptuno.

No induce anhelamiento cristalino
 de luciente zafir el lento imperio,
 ni dando ejecución a algún destino
 escala al Euro y trepa al Hemisferio,
 con cerúleo ambicioso desatino,
 [p. 9] orlado de un ameno cautiverio
 nevadas olas de cristal desata
 en corvo curso de brillante plata.

El alabastro móvil se acrecienta
 con el despojo de una peña fría,
 que con discurso natural ostenta
 parto a las perlas y halago al día;
 cándida cinta enlaza, aunque violenta,
 el coral y marfil que el prado cría,
 siendo la pena rústico elemento
 de espejos diamantinos nacimiento.

Robusto al promontorio lisonjean
 con dulces cantos aves peregrinas,
 del arroyo los márgenes rodean
 bañándose en sus perlas cristalinas;
 ya se ausentan, ya vuelven, ya gorjean,
 de canoro marfil tiernas vocinas,
 y llegando gloriosas a beberlas
 [p. 10] en música les pagan tantas perlas.

Mórbido palio de Favonio cama,
 brújula Febo opaco señorío,
 defensa verde de la ardiente llama,
 florida tumba es al seno frío;
 trepa ambiciosa fugitiva rama
 guarnece el toldo ameno poderío,
 alcobas fabricando de esmeralda,
 verdes rodela, pompa de la falda.

Báculos de coral, a quien conserva
 el espacio diáfano de yelo,
 calzan diademas de mullida yerba,
 a quien burla falaz el arroyuelo,

Tántalo que sin culpa se reserva
del trasmontado rápido consuelo,
hollada alfombra de los pies suaves
de enamoradas y celosas aves.

Noturna entrada con rumor canoro,
[p. 11] objetos no a la planta vivifica,
prevenido respeto a su decoro,
que a la negada plata significa
la arena del Pactolo invidia el oro,
que este prodigio bello multiplica,
y luego en folios de lucientes flores
con hidras transparentes ciñe albores.

Humilde el vientre cóncavo apetece
lo que Apolo a Diana limosnero
entre celajes de zafir ofrece
luz a la noche, antorcha al pasajero;
oscuro caos, sombre que anochece
al que ve su artificio lisonjero,
si de fúlgido nacar argentado.
de madeja de Venus coronado.

No tan bello el licor claro y luciente
que Gargafie en la cueva ostenta airoso
adonde vido licenciosamente
[p. 12] un Príncipe bañándose a una diosa;
no escapó a su osadía diligente
en tal acción satisfacción piadosa,
pues ciervo ya sin voz con ligereza
tiñe sustento a canes la maleza.

Un oscuro temblor nube al luciente
de Dafne amante de desprecios ciega
mariposa a la luz resplandeciente,
muerta permite terminar la cueva,
origen de la cándida corriente
que tantos de Eco ingratos tierna riega,
adonde está con apacible estruendo
Neptuno por las peñas escupiendo.

No fijas mil estrellas coronaban
rústico el techo sordo, que a porfía
cuanto ellas más aprisa se aumentaban

tanto a ella más de sí las sacudía;
 al fin el llanto ameno que engendraban
 [p. 13] es de ausencia del sol, padre del día,
 y en oscuros y trágicos enojos
 lloraba allí con diferentes ojos.

Pierde su nombre en el raudal que admira
 el sacro Betis, pues de cuantos bebe
 con el dulce apacible Guadaira,
 que infausto río a competir se atreve,
 con paseo veloz, que el orbe mira,
 camina una vez plata y otra nieve,
 y la nieve y la plata son espejos
 de Apolo rubicundo a los reflejos.

Laus Deo

TRES POEMAS MANUCRISTOS

Creemos que son escasos los textos poéticos de Monroy incluidos en colecciones poéticas del Siglo de Oro; en el Ms. 2244, de la Biblioteca Nacional de Madrid, titulado *Varios enigmas y versos*, en el que aparecen diversas composiciones de Góngora, o atribuidas al mismo, casi todas de tema satírico y literario, hay también tres poemas de Cristóbal de Monroy. Son los siguientes, que ocupan los ff. 94 v-96 v, y que editamos con grafía actualizada:

Décimas de don Cristóbal de Monroy y Silva.

Yo soy bellísima Flor
 quien viendo vuestra beldad
 os rindió la libertad
 dulce presagio de amor.
 En caliginoso ardor
 me intenta un fuego abrasar
 ocasionado en mirar
 en vos dando asombro al aire,
 valentía en el donaire
 y donaire en el mirar.

Cuando el remedio se ordena
 de tanto desasosiego
 busco alivio y hallo fuego,
 busco gloria y hallo pena.
 Si tal deidad me condena,

¿dónde iré? Mira que ya
 la alma diciendo está
 que firmeza en el olvido,
 ¿quién como vos la ha tenido?
 ¿Quién como vos la tendrá?

No quiero premio mayor
 que queremos y serviros
 y vengo ahora a pedir
 licencia, hermosa Flor,
 para teneros amor.
 Un daño te estorbará
 así pues preguntan ya,
 viendo mis pesares ciegos,
 gustosos desasosiegos
 ¿en el valle quién los da?

Dadme licencia, señora,
 para amaros y quereros,
 porque es imposible el veros
 sin amaros, dulce Aurora;
 quien esta verdad ignora
 os pone en la soledad,
 ¿por qué esté con tal crueldad
 y presa como enemiga
 quien la libertad cautiva,
 quien roba la libertad?

Del mismo glosando los mismos pies.

Es mi esposa, padre mío,
 envidia del mismo sol,
 como luciente arrebol
 da horror al tridente frío;
 es prisión de mi albedrío
 cuya beldad singular
 muestra, dando asombro al mar,
 gloria al mundo, luz al aire,
 valentía en el donaire
 y donaire en el mirar.

Ostentan bellos despojos
 sus labios particulares
 aljófares a millares
 y diamantes a manojos.
 El esplendor de sus ojos
 Diana envidiando está,

su beldad, que afrenta da
 a la madre de Cupido,
 quien como ella lo ha tenido,
 quien como ella lo tendrá.

Aves, animales, montes,
 alabar su hermosura
 noble, casta, honesta y pura,
 gloria de estos horizontes;
 dar pudiera a mil Faetones
 incendios su fuego ya,
 que nescio preguntará,
 si ve sus luces y fuegos,
 gustosos desasosiegos
 ¿en el valle quién los da?

Al fin es mi esposa quien
 adora mis pensamientos,
 quien aprueba mis intentos,
 quien adora sin desdén,
 quien porque con luces den
 da a los astros claridad,
 quien dedica su beldad
 a mi amor, que eterno viva,
 quien la libertad cautiva,
 quien roba la libertad.

Del mismo, que estando enfermo recibió de una dama una mata de ruda y les respondió con esta décima.

Para el tormento tirano
 de que mi pecho adolece
 ruda medicina ofrece
 una hermosísima mano.
 Alivio ninguno gano
 en la pena que me inquieta,
 pues nacisteis tan perfecta;
 repara, mi bien, sin duda
 que mi mal no quiere ruda,
 que se cura con discreta.

La primera de estas tres composiciones se incluye, como parlamento del Comendador en la comedia *Fuente Ovejuna*, de Monroy; cfr. Lope de Vega, Cristóbal de Monroy, *Fuente Ovejuna* (Dos comedias), ed. Francisco López Estrada, op. cit., pp. 266-267.